

Hugo Mieres

UNA MADRE

PERSONAJE ÚNICO

Mujer

Epoca actual

*(Un dormitorio convencional. La mujer se levanta de la cama donde ha estado dormitando vestida y se mira al espejo. Tiene más de cuarenta años, pero conserva un cuerpo bien formado, aunque algo grueso, de gran sensualidad.)*

MUJER.-¡Este vestido y este pelo están que son una porquería! ¡Tengo que comprarme ropa, estoy poco menos que desnuda. A ver...el trajecito marrón, dos polleras o tres, algunas blusas que están en la tintorería y zapatos... tres pares, para ser exacta, que son un asco, para un museo, son, y así, claro, ningún hombre te va a mirar. Y si te miran las mujeres, lo hacen por encima del hombro, para despreciarte...

*(Da una vuelta sobre sí misma, mirando la habitación.)*

¡Pero, ¿ven? Siempre tengo razón! Aquí todo ha cambiado. Hay un aire nuevo en esta casa. No estamos tan ahogados económicamente y ¿gracias a quién? Gracias a mi iniciativa. Me pasé dos días para convencerlos, pero salí con la mía. Ir urgente a la peluquería y comprarme un vestido nuevo. Con un extraño entre nosotros, una no puede sentarse a la mesa de cualquier manera. Hay que cuidar las apariencias, sobre todo con lo fino y delicado que parece ser este joven. ¡Con qué aplomo se sienta! Y siempre correcto, sí. Nunca tira la ceniza en el suelo. Cuando lo veo comportarse así, miro de reojo a Javier, a ver si entiende que tiene que aprender a tener buenos modales y dejar de tirar la ceniza en el primer recipiente de porcelana que encuentra a mano. Y mire que le he dicho que son recuerdos de mamá, que en cualquier momento me rompe alguno. ¿Cuántos años tendrá? ¿veintiseis, veintisiete? De veintisiete a cuarenta y cinco van ... ¡bah! tendría que agarrar un lápiz. La diferencia de edades no es problema. Hasta dicen que es mejor. ¡Qué manos tiene! Suaves, alargadas, parecen las de un pianista. No, no debe saber tocar el piano. Dice que estudia economía. En mis tiempos (já, digo en mis

tiempos como si fuera una vieja, como si ya estuviera acabada), pero van a ver, muy pronto, prontito lo van a ver, que estos senos son de verdad y mi cola sigue dura como una piedra, sin nada de siliconas por ningún lado, que la que no tenga nada, que no luzca nada o se ponga rellenos de esas porquerías, pero lo que soy yo, voy a cambiarle el encaje al vestido negro así resalto estos preciosos pechos que Dios me dio, y la vieja loca de mi madre, que decía que cuando nací tenía los senos ya formados con pezones erizados y todo...y camino, y me contoneo, y dejo que me miren y sonrío, no me olvido más de lo que me dijo un divino en aquel baile, de pasada, sin que nadie se diera cuenta, me dijo que no había hombre sobre la tierra que pudiera mirarme, sin pensar en llevarme a la cama. (*Breve pausa.*) ¿Qué era lo que estaba pensando? ¡Ah, sí! Que cuando era joven, digo, más joven que ahora, todos los muchachos sabían tocar algún instrumento. Bueno, a mí lo que me trabó, fue el solfeo, que si no, hoy mismo me sentaría al piano (esa porquería que nos está ocupando media sala y que tendríamos que decidimos a vender.) Me sentaría y lo llamaría. Venga, le diría. Siéntese ahí, frente a mí. ¿Le gusta escuchar buena música? ¿Le gusta la música clásica? Tocaría para él “Para Elisa” y aunque no lo estuviera mirando, sabría que él tendría sus ojos fijos en los míos. Si tuviera tiempo, en mis ratos libres, me pondría a practicar. Pero, ¿y el solfeo? Do, o ó ó. ¡Aj! ¿No se podría tocar “Para Elisa” sin saber solfeo? Tendría que probar. A lo mejor sí. Pero él no debería estar aquí mientras ensayo, si no, no sería sorpresa. ¿Y qué dirían Javier y los muchachos? Javier se reiría de mí. Aunque sabe bien que nunca encontraría otra mujer como yo, que lo aguantara como yo, que nunca me he enamorado de otro hombre, ni se me ocurriría jamás ponerle arsénico en la sopa como esa mujer del diario, y me agunto sus borracheras con sus amigos, ahora mismo estará más borracho que no sé qué, y tener que soportar ese aliento a alcohol recocado y la locomotora de sus ronquidos...Se reiría de mí.. Me ha frustrado siempre. ¡Pero la culpa

la tengo yo! ¡Nadie más! ¡Si los hombres son machistas, nosotras somos quienes los hacemos así! ¡Pero ya va a ver! Este es el primero. Con tres o cuatro pensionistas más que consigamos, voy a pagar una muchacha que me ayude en la cocina y, si puede, que lo haga todo. Yo me dedico a atender a la gente, a conversar con ellos, a tocar el piano. Pero ahora sólo quisiera tocar para él. Para el Rubio. Que se sentara a mi lado. No, a mi lado, no. Enfrente. Cuando termino, él aplaude. Estamos solos. Me levanto, hago una reverencia y le extiendo la mano, lo mismo que en las películas. El me la besa. ¡Ay!...y sigue hacia arriba por el brazo desnudo. Hago como que quiero retirarlo, pero no, lo dejo, ¡qué no lo voy a dejar!, le acaricio con la otra mano la cabeza, le revuelvo los cabellos rubios. El se apoya contra mi pecho mientras mi corazón late con fuerza...y llora...*(Alto)* ¿Por qué llora? ¿Por qué tendría que llorar?...Ah, sí. Lloro por la madre. La madre que se le murió cuando era niño. Levanto su cabeza, tomándolo del mentón, hasta que me mira. Me mira con los ojos bañados en lágrimas, ¡no!, húmedos, húmedos es mejor, esos ojos que se llenan de lágrimas, que parecen pozos de lágrimas que no se deciden nunca a caer. Yo igual le pido que no lloro y ahí...ahí nos besamos temblando. Se retira, me mira intensamente de nuevo y aprieta mi mano. Sin soltarme, se levanta, y tira de mí suave, pero inflexiblemente. Avanzamos hacia la alcoba. Llegamos a la puerta. Aquí no, digo con el hilo de voz que me queda. Dónde, cuándo, pregunta él. Llévame lejos, le digo, no soporto más esto, te seguiré adonde vayas. Pero aquí, no. Pueden venir -en las películas siempre vienen- y lo arruinarán todo. No puedo más, dirá, quiero acostarme contigo. Eres la mujer más maravillosa del mundo, lo mejor que me ha pasado en la vida, y seguirá besándome apasionadamente y empezará a acariciarme y yo que no, por favor aquí no, pero ya no soy dueña de mí (así dicen las actrices; bueno, ahora no, ahora son ellas las que llevan la iniciativa, qué descaro) y me dejo llevar en sus brazos que me depositan sobre la cama y entonces me desnuda despacio, despacito,

y mientras me mordisquee la oreja me insulta, quiero que me insulte y me diga soberbias porquerías al oído, puta, putita, sos mi putaza, verdad? Y hacemos el amor toda la noche, incansablemente. Mi marido no está, ha salido en un viaje de negocios, (eso dice cuando anda por los pueblos vendiendo sus chucherías) mi hija quedó la noche en casa de una amiga (o de un amigo, en este momento me importa un carajo ) y mi hijo...ah, sí, tiene que estudiar en lo de su novia porque mañana tiene que rendir un examen. *(Breve pausa, vuelve al sueño.)* Y después me dirá: "¡eres formidable! ¿Sabe tu marido que eres formidable?" Y yo le contestaría que es de mal gusto nombrar a mi marido en ese momento. El seguiría hablando, mientras yo pienso: ( No, no lo sabe, y si lo supo, ya se olvidó. Se acuesta y enseguida me da la espalda, dedicado a la lectura de una revista o se queda embobado con la televisión. O me hace el amor, pero con todos sus momentos previstos. Puedo, si quiero, trazar un mapa de los movimientos que hará. Me gustaría hacer algo con qué sacudirlo, alguna cosa que haga saltar la máquina de la costumbre. A veces me da por pensar que me iría por ahí, por los muelles, algún anochecer oscuro, donde nadie me conociera, a buscar un marinero recién desembarcado, después de pasar seis meses en alta mar, que lo tuviera bien duro y lo hiciera sin importarle un pito quién era yo, hacerlo contra un portón, me montara contra un portón sin decir palabra o sobre una montaña de ropa sucia, donde fuera...

"Tenés que hacer gimnasia", me dice muchas veces Javier, después de aquello. "Es bueno para la salud." Cree que no me doy cuenta que se está refiriendo a lo flácido de mi barriga ¡Pero, qué se cree! ¡Muchas jovencitas quisieran tener los senos tan duros como los míos. Sí, sí, sí!, en lo de la barriga tiene razón...generalmente, no dice nada más, y se da vuelta. Me enfurece su inercia. Su bondad. Quisiera que no fuera tan complaciente en todo. Al fin de cuentas, él es el macho, qué también. Que me agarrara del pelo y me arrastrara por toda la casa, me pegara, sí, que me pegara ¡qué me va a

pegar el pobrecito! ¡Le daría un susto de sólo pensarlo...!Es realmente bueno...demasiado, che. *(Pausa.)*

Siempre sostuve que el amor está en la cabeza y en el cuerpo. ¡El amor es el cuerpo! ¡Sus formas, su humedad, su calor! Decimos que es amor lo que vivimos a los quince años, cuando perdimos la virginidad con el compañerito de liceo que ni siquiera sabía dónde meter lo que tenía entre las piernas. ¡Qué ilusas! ¿Alguna quiere un consejo? Desnúdese, querida, desnúdese, tire a la basura ese camisón de la abuela que la cubre hasta la nariz, abra las piernas, vuélvase otra vez un animal, y devórelo. Nos enseñaron a ser pasivas, a esperar. A gozar, solo si él gozaba. A fingir, y a olvidarnos después que estábamos fingiendo y de ahí a creer que lo fingido era real. Y así, fuimos olvidándonos de nuestro poder. El hombre puede penetrar, hendir. Pero solo nosotras somos capaces de rodear, ceñir, envolver y devorar. Las que armamos la trampa, dejamos entrar al conejo para después cerrarnos sobre él y devorarlo. Olvídese de la vergüenza, de lo que le aconsejó su madre y su abuela y concéntrese en el goce que va a dar y en el goce que va a recibir en cada uno de sus poros. ¡Goce! ¡Para eso está su cuerpo! Quiere fiesta! ¡Pues, ¡désela! Y cuando después de horas, no solo los cuerpos sino las sábanas, el colchón, las paredes, tengan el olor de santidad de los sexos, se sienta morir de cansancio, le duela todo el cuerpo y solo quiera dormir, descubrirá que puede hacerlo sin pastillas, y su marido permanecerá a su lado, estará por fin segura de que no se irá de su lado. *(Pausa larga. la Mujer llora, primero silenciosamente, y luego a gritos)*

Mírenme, a mí, dando consejos... En realidad una...Una... cree no saber cómo pasa, ni por qué ha pasado esto que ahora es tu vida y no lo has advertido por haber estado demasiado tiempo ocupada en tu autocompasión para entender que ya es demasiado tarde. El último vagón acaba de pasar, y te ha dejado al costado de las vías, con cara de idiota y con la valija en la mano. Entonces es cuando te mirás en el espejo y te ves las

arrugas y tu cara de cansancio, y como no te animás a pegarte un tiro, tomás clases de decoración, y te enamorás de ese muchachito tan tierno que sabe tanto de historia del arte, y cuando lográs llevártelo a la cama, es porque lo has emborrachado y no sabe lo que hace, y mientras lo desnudás, te cuenta que es marica, y llorás a gritos o empezás a reírte como loca, y pedís otra botella y terminás con tu bebé en brazos, como si fueras su mamá, y lo acurrucás y lo mecés y los sacudones solo sirven para que te vomite encima, pero igual, a esa altura ya no importa, porque no podés más con tus párpados que pesan como troncos, y recién despertás al otro día con un dolor de cabeza esta vez de verdad, un dolor que no le desearías ni a tu peor enemigo, y regresás al hogar, linda palabra, hogar, hay palabras que deberían prohibirse por obscenas, y una de ellas es hogar. Regresás a tu casa y lo único que deseás es estar sola, y agradecerés a Dios que tu marido no esté, y no está, comprobás con alivio que no está, él también habrá tenido su noche, con sus putas, y se habrá ido a trabajar, para algo es el amo de la casa, aunque su ojo no cuide el ganado y el que tiene que traer el dinero, claro, no siempre fue así, al principio todo era novedad, el vestido blanco fue una gran novedad, aunque la noche anterior, después que tus amigas te hicieron la despedida de soltera, llamaste al que había sido tu último novio, el único con quien creíste realmente haber gozado, lo llamaste por teléfono y lo hiciste levantar sonámbulo, porque pasó tal vez toda la noche paseando al hijo de la cerda que es su mujer, que tenía un cuerpo pasable, pero fue casarse y achancharse, lo llamás, y le decís que invente cualquier cosa, y se te dice estás loca, lo amenazás con presentarte esa misma noche en su casa, así que lo mejor es que vaya, y lo esperás en el hotel, lo hacés pasar y te abrazás de él empapándole la camisa, le pedís que te salve de un hombre que te eligieron tus padres, y todo es mentira, lo que querés es cojértelo por última vez, como si a partir del día siguiente solo pudieras hacerlo con tu sacrosanto marido. Es por eso que llorás como una Magdalena, pero



cuando abris la puerta del hotel, lo hacés con una bata y por abajo nada, solo tu carne florida, porque le tenés confianza a la belleza de tu cuerpo, a la firmeza de tus senos y de tu cola, que para algo sirve la cirugía, sí, sí, mentí, tengo cirugía por todo el cuerpo, y no es ningún pecado querer ser bella, y eso es lo que hacen los médicos, el hombre siempre ha hecho eso y nadie lo critica, desvía un río y modifica la naturaleza, construye un puente y modifica la naturaleza, y lo mismo hacen con tu cuerpo, digo, basta con soltar el cinturón, cosa de no perder tiempo...*(Pausa.)* ¿Quieren saber el final? El final es otra mierda; después del polvo le pedís que se vaya, estás deseando que se vaya de una vez, porque los dioses te han castigado con el azote de la memoria y comparás, no podés menos que comparar, a éste, que ya tiene barriga, con el otro, con aquél que te hizo ver la vida anaranjada, que te crucificó, que te arrastró por la pieza piojosa y te despedazó sacrificándote al dios que tenía entre las piernas, que te poseyó con un deseo, con un ansia, como si fuera la última voluntad que le hubieran concedido a un condenado a muerte. Este es fofo, respetuoso, decente, una mierda. Interiormente lo compadecés, y le pedís que se vaya, mintiéndole, nos vemos, sin atreverte a decirle que hasta tu marido de mañana cojerá mejor que él. Y como estás ya preparada, el holocausto está hecho y el luto por tus ilusiones llorado, te entregás a tu esposo, linda palabrita ésta también, como si fuera tu salvador, y llegás a creer que la vas a pasar bárbaro. No estás cansada, nunca estás cansada, querés todos los días, un ejercicio demasiado duro después que pasa un mes, para él, digo, que no puede fingir, nosotras, sí, gritamos, jadeamos, mordemos, y nos basta abrir las piernas, pero a ellos se les para o no, eso es clarito; demasiado esfuerzo cuando viene rematado del trabajo, y no vas a ser tan desagradecida de no reconocerlo, de no reconocer su generosidad con su mujer mantenida que hacía gimnasia, se veía en forma, leía a Faulkner y a Borges sin entender nada, pero que ahora se pasa en la mecedora tomando coca-cola y leyendo

novelitas de diez pesos que cambia en el quiosco de la esquina. Y no me digan que la vida vale la pena, porque tenemos una enorme, una ilimitada capacidad de arruinarla. Venus, la diosa del amor, ha muerto. La hemos matado una y otra vez. Una y otra vez. Es porfiada. Se levanta, y volvemos a darle con el hacha. Está muerta. Y si volviera a nacer, sería rescatada de un basural recién salida del útero, y si por casualidad creciera, sería un hombre que se masturba en el baño de un bar mientras mira una grasienta revista pornográfica.

*(Pausa larga. Piensa)* Si al menos cambiáramos de vida! Que me llevara a las montañas...¡pero qué estoy diciendo, si en este país no hay montañas! Bueno, al mar. Ya sé...ya sé que no hay plata ni para ir al Cerro. Cambiar digo, renovarse, sacudirse. Aquí paro de pensar, y ni sé lo que el Rubio ha dicho.*(Pausa.)* ¿Y al otro día? ¿qué pasaría al otro día, cuando Javier volviera de su viaje y volvieran los niños? ¿Cómo los miraría? ¡Ya sé! el Rubio ya no estaría. Se habría ido por la noche, se habría levantado sigilosamente -yo estaría envuelta sólo en una sábana y mis formas se notarían como las de una escultura griega- me daría un beso callado, y se iría. Así yo pensaría que sólo habría tenido un buen sueño. Porque ¿con qué nos mantendríamos si huyéramos juntos? El recibe la pensión de sus padres, y a fin de mes hasta me pide algún cigarro. Claro, después nos invita a todos con importados, cuando le llega la mensualidad. Sí, está decidido. Hay que vender esa porquería de piano de cola. En su lugar pondríamos dos camas más. Las escondemos detrás de un biombo y se acabó. Lo tengo que decidir yo. Si aquí las cosas no las decido yo, Javier como si no existiera, y los chicos están en lo suyo. ¡Carajo! ¡Las cinco! Está por llegar ese muchacho a reclamar su café con leche, y yo aquí sentada. Cuando tenga más confianza, que se lo prepare él sólo. Después de todo, no es tan difícil prepararse un café con leche.

(Fin de “Una madre.”)

